

*SANTA POLONIA Ó APOLONIA,
VIRGEN Y MÁRTIR*

DÍA 9 DE FEBRERO

Por P. Juan Croisset, S.J.

Aunque el emperador Felipe fue tan favorable á los cristianos, que muchos son de opinión que recibió el santo bautismo, no obstante se levantó en su tiempo una persecución contra los fieles de Alejandría, en la cual padecieron muchos mártires, y fue como la señal de la que se suscitó el año siguiente por todo el imperio romano, en tiempo del emperador Decio.

Cierto poetilla infeliz, entremetido á profeta, y mago de profesión, comenzó el año de 248 de Nuestro Señor Jesucristo á predicar en las calles de Alejandría, amenazando en tono enfático á toda la ciudad de una gran desdicha, si no se exterminaba á todos los cristianos, enemigos mortales de los dioses y de su culto. No fue menester más para excitar el furor de un pueblo naturalmente inclinado á la sedición, á la crueldad y á la carnicería.

San Dionisio, que era á la sazón Obispo de aquella ciudad, refiere la persecución con estos discretos términos: *Este miserable adivino animó contra nosotros á los idólatras, y excitándolos por medio de la superstición, á que era naturalmente inclinado este pueblo, encendió el furor en sus corazones. Creyendo aquellos ciegos á este impío, y dejándose llevar de las impresiones que los inspiraba, se amotinaron contra nosotros, y se precipitaron en los mayores excesos de la crueldad y del furor. Persuadiéronse bárbaramente á que su imaginaria*

piEDAD consistía en ser crueles contra los cristianos, y creyeron que no podían honrar mejor á los dioses falsos que sacrificándoles por víctimas á los que adoraban al verdadero.

Dieron principio al sedicioso motín echando mano de un santo viejo llamado Metro ó Metrán, queriéndole obligar á que profiriese execrables blasfemias contra la santidad de nuestra religión. Irritados de la noble resistencia que encontraron en el generoso cristiano, le molieron todo el cuerpo con crueles palos, sacáronle los ojos, picáronle ó le surcaron el semblante con rosetas aceradas, y, sacándolé fuera de la ciudad, descargaron sobre él furiosa lluvia de piedras, entre las cuales le dejaron sepultado.

Pasaron después á casa de una piadosa matrona llamada Quinta ó Cointa, y sujetándola á idénticas pruebas y más terribles tormentos, agarrándola con violencia, la condujeron al templo de su ídolo, para obligarla á que le rindiese adoración. El horror que la causó la impiedad á que querían precisarla, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló en ellos la furia y la crueldad. Atáronla por los pies, y la arrastraron inhumanamente por todas las calles. A pocos pasos quedó el cuerpo destrozado con los golpes que de propósito la daban contra las piedras y contra las esquinas; y, no dándose por satisfecha su sangrienta saña, descargaban continuamente sobre el mismo despedazado cuerpo terribles bastonazos. Admiró á aquellos ensangrentados verdugos la constancia de la invencible heroína; pero como la rabia que los animaba había ahogado en ellos todos los sentimientos de la compasión, la condujeron al mismo sitio en que San Metro acababa de ser apedreado, y en él la quitaron la vida con el mismo género de martirio.

Pero, entre todos estos prodigios del valor cristiano, Polonia (Apolonia) fue la que más se distinguió con un género de intrepidez, y con una especie de heroísmo, que siendo su memoria la admiración de todos los siglos futuros, fue entonces su constancia el asombro aun de los mismos paganos. Era una doncella venerable, no sólo por su ancianidad, sino mucho más por el dilatado y constante ejercicio de una sólida virtud. Algunos dicen que fue de ilustre nacimiento, y que desde sus más tiernos años había sido criada en la religión cristiana. Lo que todos afirman es que era la veneración y el ejemplo de los cristianos de Alejandría; que vivía en un sumo retiro, en un continuo ayuno, en oración perpetua y en la más exacta práctica de todas las virtudes.

Durante el amotinamiento del pueblo estaba encerrada en su casa, levantando continuamente las manos y los ojos al Cielo; y como no dudaba que presto sería también dichosa víctima de aquella sacrílega sedición, sin perder tiempo se estaba disponiendo con fervor para ofrecerse en sacrificio.

Apoderándose de la santa doncella aquellas ensangrentadas fieras, determinaron atormentarla tanto más, cuanto era mayor la veneración que tenía entre los cristianos. Lo primero que hicieron fue quebrantarla todos los dientes con una piedra, y después con la misma abollarla todo el semblante. Desesperados de lograr su intento, se persuadieron á que su perseverancia no podía resistir á la prueba del fuego, siendo natural que una doncella sin vigor y sin espíritu, en fuerza de su avanzada ancianidad, cediese sólo al terror de ser quemada viva. Con esta idea la sacaron fuera de la ciudad, y, encendida una grande hoguera, la amenazaron con que la arrojarían en ella, atada de pies y manos, si al punto no profería las más horribles blasfemias contra Jesucristo, y si no ofrecía incienso á los Ídolos, sin detenerse un

momento.

La purísima doncella, que había pasado su larga inocente vida en servicio del Señor, abrasada siempre del amor á su Esposo Jesucristo, se estremeció al oír tan impía proposición; y sintiendo crecer en aquel punto el amoroso incendio que la consumía por su Dios, ella misma se arrojó en medio de las llamas (por inspiración especial del Espíritu Santo), para dar este testimonio á los gentiles, de que no sólo era voluntario, sino alegre su gustoso sacrificio.

Quedaron atónitos los gentiles, mirándose los unos á los otros, como embargada la voz, y llenos de suspensión, sin resolverse á creer lo mismo que veían, porque no acertaban á comprender cómo era posible que una doncella tuviese más valor y se diese más prisa á ofrecerse á Dios en sacrificio, siendo consumida por las llamas, que ansia tenían ellos de verla cuanto antes reducida á cenizas. Los cristianos se aplicaron con el mayor cuidado á recoger lo que pudieron del sagrado cuerpo, con especialidad los dientes esparcidos por el suelo, que, como preciosas reliquias, fueron distribuidos por varias iglesias de la Cristiandad.

Los continuos favores que cada día experimentan los que recurren á la intercesión de Santa Polonia (Apolonia) acreditan el gran poder que nuestra Santa tiene con Dios, y la bondad con que atiende á los que imploran su protección. Casi desde el mismo tiempo de su glorioso martirio se puede asegurar que comenzó el recurso de los fieles á nuestra Santa en muchas enfermedades, pero con especialidad los que adolecían de mal de dientes y de muelas. En los Breviarios más antiguos de las iglesias se hallan oraciones particulares para pedir á Dios, por la intercesión de Santa Polonia, que nos libre de varias enfermedades corporales, y singularmente de los males

de dientes, como se ve por esta oración que se lee en el Breviario antiquísimo de la Iglesia de Colonia:

¡Oh Dios, por cuyo amor la bienaventurada virgen y mártir Santa Polonia (Apolonia) sufrió con tanta constancia que la arrancasen todos los dientes; suplicámoste nos concedas que todos aquellos que imploraren su intercesión sean libres de males de dientes y de cabeza, y, después de las miserias de este destierro, les otorguéis la gracia de que arriben á los gozos eternos de la Patria Celestial! Por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que, siendo Dios, vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

La Misa es en honra de la Santa, y la oración es la que sigue.

i Oh Dios, que entre las demás maravillas de tu poder diste fortaleza al sexo más frágil para conseguir la victoria del martirio! Otórganos la gracia de que, siguiendo el ejemplo de tu virgen y mártir la bienaventurada Polonia (Apolonia), caminemos dichosamente á Ti. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ¡oh Dios y Salvador mío!, porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre; y porque libraste mi cuerpo de la perdición, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste, según la muchedumbre de la misericordia de tu Nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querían quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor;

de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes; mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque Tú, ioh Señor Dios nuestro!, libras á los que esperan en Ti, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES

La vida del cristiano debiera ser una continua acción de gracias al Padre de las misericordias, puesto que no es más que una perpetua cadena de beneficios. ¿Qué bien hay que no hayamos recibido de su bondad? Y ¿qué bien hay que no debemos esperar de su misericordia? La limitación de nuestro espíritu no es capaz de comprender tantos favores, y la corta duración de nuestra vida es insuficiente para agradecerlos. No nos pide Dios otra correspondencia que un amor fino y firme, y una fidelidad perseverante en su servicio. Pregunto: ¿Le hemos sido hasta ahora muy agradecidos? Fáltanos la confianza en Dios, porque nos falta la puntualidad y la fidelidad en su servicio. Siempre crece la confianza al paso del fervor. A los santos mártires jamás los espantaron los más crueles tormentos. No hay proporción, decían ellos, entre los trabajos de esta vida y el premio de la otra. Bien sabemos, añadían con el Apóstol, que si este miserable cuerpo es despedazado, si padeciere ruina, si se redujere á cenizas, aquel Señor que no quiere se pierda uno de nuestros cabellos sabrá librarnos de la perdición y ponernos á cubierto de los emponzoñados tiros de la calumnia. En vano se desenfrenan los malos contra el proceder de los buenos; en vano intentan manchar su reputación con los más feos borrones. Brillarán los justos, dice el Sabio, en el día de la justicia universal, como brilla el mismo sol, penetrados de la luz y de la gloria de la inmortalidad en el alma y en el cuerpo.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el Reino de los Cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando e] esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id más bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero, mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan también las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

MEDITACIÓN

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, entre todos los condenados, no hay siquiera uno que no pensase en salvarse. Hasta los más disolutos vivieron con esta confianza. Por desordenada que sea la vida, todos esperan tener tiempo para enmendar sus descaminos, aunque cada día se descaminen más y más. Cada uno se lisonjea con que tendrá la dicha de librarse del Infierno,

aunque no dé paso que no sea hacia él. Esta vana confianza, hablando con toda propiedad, nace únicamente del horror natural que causa á todo el mundo el miedo de ser infeliz por toda una eternidad. Pero ¿qué confianza puede haber más mal fundada? Con todo eso, ésta es la que el día de hoy tranquiliza la conciencia, y la que, por decirlo así, embota la punta á los remordimientos.

Una persona que todos los días está irritando más y más la cólera de Dios con nuevos pecados, ¿se podrá creer seriamente que tiene motivo para contar mucho con su misericordia? ¿Se acerca uno más al término cuanto más procura desviarse de él? Ahora quiero proseguir en ofender á Dios, que algún día ya me dará gana de amarle. No sé si tendré tiempo para hacer penitencia; pero, en todo caso, este tiempo que ahora tengo quiero emplearle en aumentar mis maldades; otro día seré más dócil á la voz de Dios; otro día resistiré menos á la gracia. Pero, insensato, ¿quién sale por fiador de que tendrás ese día?

Es verdad que muchos mueren de repente; mas yo espero ser de los que tienen tiempo para disponerse á una dichosa muerte con una prolija enfermedad. Es verdad que estas especies de conversiones tardías son harto dudosas; pero confío que la mía será cierta. Es verdad que para convertirse de buena fe, después de haber vivido en una inveterada costumbre de pecar, es menester una especie de milagro; pero tengo esperanza de que se haga este milagro en mi favor. No es esto porque yo tenga razón para esperarlo; porque reincidencias, obstinación, desprecios de auxilios, terquedades, ingratitudes, todo prueba que soy indigno de este favor; pero no importa, yo lo espero. Lo mucho que he abusado hasta aquí de la gracia de mi Dios, no funda gran derecho para que cuente con su misericordia,

es así; pero, sin embargo de eso, yo cuento. No nos crió Dios para perdernos, es verdad; pero tampoco te crió para que hicieses todo lo posible por condenarte. Confesemos que una confianza alimentada únicamente con aquello mismo que la destruye, es bien frívola y bien vana; tal es la confianza de los que perseveran en el pecado, con la esperanza de que algún día harán penitencia, resolviendo proseguir en ser malos, precisamente porque Dios es bueno.

¿Y no he sido yo, mi Dios, uno de estos infelices? Quiero convertirme algún día; pues ¿qué razón tendré para no convertirme desde luego?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la vana confianza de los que abusan de la misma bondad de Dios para ofenderle, con esperanza de que al cabo siempre los mirará con ojos de misericordia, no es la única confianza falsa que hay. La de aquellos que, fiándose demasiado en ciertas virtudes que se lisonjean tener, son negligentes en el cuidado de su salvación, no es menos falsa que la otra, ni está fundada sobre mejores cimientos.

Las vírgenes que se descuidaron en hacer á tiempo provisión de aceite, eran vírgenes; y, por lo mismo, se fiaron demasiado en el amor que profesaban á la virtud de la pureza. Algún derecho les daba esta preciosa virtud para esperar ser favorablemente recibidas de su Celestial Esposo; pero faltóles la vigilancia; dejáronse llevar de la pereza, y las cogió el sueño; al principio fue sólo dormir, después dormir profundamente. En la vida cristiana, el que comienza á dormir, presto se amodorra. ¡Qué desgracia, venir el esposo y coger á la esposa dormida! ¡Qué desdicha, llamar á la puerta y estar las lámparas apagadas! El tiempo de recibirle ya no lo es de ir á buscar el aceite; esa provisión ya debiera estar hecha. ¿Por qué no imitaron el ejemplo de las otras

vírgenes prudentes? Estas no se fiaron tanto en su amor á la pureza, que descuidasen por eso de tener bien proveídas sus lámparas. Huyeron de dormir por no quedarse dormidas. Era perfecta su confianza, y por lo mismo era activa. Estuvieron siempre en vela, para que la venida del esposo no las cogiese de improviso. Contaban mucho sobre su bondad, mas por lo propio se esmeraron tanto en complacerle. Una confianza fatua siempre engaña, porque siempre envida en falso.

Se suelen abrigar ciertos vicios á la sombra de ciertas virtudes. No eres impío, ni disoluto; pero eres tibio. Se vive con toda delicadeza y regalo; el amor propio y el mundo se entrometen á arreglar hasta las obligaciones de la religión; sabes bien que no eres tan buen cristiano como debieras; la devoción desfallece, la fe se entibia, la caridad está casi apagada; pues ¿quién sostiene nuestra esperanza? ¿No vive en una falsa seguridad el que está tranquilo en medio de tan constante tibieza?

Toda nuestra confianza debe fundarse en la misericordia de nuestro buen Dios; la vida y la muerte de Jesucristo deben alentarla; pero ¿hemos de sacar motivo de esta misma confianza para ser más ingratos, menos piadosos, más cobardes? Se falta á la obligación, se niega ó se dificulta la obediencia á las divinas inspiraciones; se sirve á Dios con violencia, ó de mala gracia; y en medio de eso, todo el mundo se promete tener parte en sus favores: si un criado se prometiera semejante liberalidad de un amo á quien en todo hubiese desobligado, ¿se diría que este hombre fundaba bien su confianza? ¡ Ah, Señor! Toda mi confianza la tengo colocada en Vos; pero de hoy en adelante no será, como hasta aquí, una confianza presuntuosa y falsa. Bien sé que no debo contar sino con vuestra infinita misericordia, mas no cerraré ya las puertas de ella con mis

iniquidades. Conozco que nada he hecho hasta ahora, y que no me puedo fundar sino en vuestra bondad y en vuestra gracia; haced, Señor, que desde este mismo punto sienta los efectos de una y otra.

JACULATORIAS

Nunca estará mejor fundada mi confianza, que cuando estribe en la perfecta obediencia á vuestra ley.—*Ps. 118.*

Persevera en la virtud, y espera en el Señor.—*Ps. 36.*

PROPÓSITOS

1. El que más beneficios espera de su príncipe, más se esmera en servirle y complacerle. Sería el supremo punto del menosprecio y de la malignidad hacer empeño de injuriarle, aun cuando se cuenta más con su bondad y con sus favores. Pues tal es á la letra el carácter de la falsa confianza. Mira bien si no te hallas en el caso. ¿Cuánto tiempo ha que tu conciencia te está gritando á la conversión, á la reforma? ¿No es así que no piensas morir sin convertirte, sin ser más regular, mejor cristiano, más devoto? Haces la cuenta con la bondad y con la misericordia de tu Dios; esta sola confianza es la que te asegura contra los sobresaltos de una conciencia cargada de pecados, ó, á lo menos, contra los remordimientos de un corazón ingrato, y tantos años ha rebelde á la divina gracia. Pero, á tu parecer, ¿estará bien cimentada esa confianza en medio de ese montón de ingratitudes y de culpas? Pues desde este mismo punto hazla menos dudosa, haciéndola más cristiana. A lo menos, determina, nota, apunta en esta misma hora aquellos puntos que desde hoy han de ser el objeto de tu celo, sirviendo de materia al examen particular, que de hoy en adelante has de hacer un poco antes de comer. La

ciencia de la virtud es ciencia práctica, y es menester descender en ella á cosas particulares.

2. El efecto común de la falsa confianza es la inacción y el amodorramiento. El Espíritu Santo nos amonesta que aun de los pecados perdonados no hemos de estar sin miedo. Era una de las máximas de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, que en las empresas difíciles debemos abandonarnos en las manos de Dios con tan perfecta confianza, como si todo el suceso hubiera de venir de lo alto por una especie de milagro; pero que al mismo tiempo debemos aplicar todos los medios posibles para su logro, como si éste pendiera únicamente de nuestra industria. Toda su confianza debe estar colocada en la gracia del Señor. ¿Quieres conseguir esa gracia, que tanto tiempo ha estás pidiendo al Señor? Pues implora la protección de la Santísima Virgen por medio de alguna devoción particular hecha en honra suya; frecuenta los Sacramentos; visita hoy los enfermos de la parroquia, ó los pobres del hospital; da alguna limosna, y ofrece todas esas buenas obras á este santo fin.